

Correlación mundial de fuerzas y control de energéticos

Los cambios que se vienen operando en la correlación de fuerzas económicas, políticas y sociales del mundo son rápidas y, pese a sus altibajos, van efectuándose en una dirección favorable a los intereses de los pueblos del mundo.

Para los pueblos latinoamericanos que han padecido las consecuencias del imperialismo —sobre todo del norteamericano—, el que en la etapa histórica actual del capitalismo se acentúen los problemas del desarrollo del sistema en conjunto y en especial en los Estados Unidos, cabeza del mismo, incrementa las posibilidades de romper su dependencia y sometimiento.

Pese a su crecimiento la economía norteamericana tiene hoy día un peso económico menor en la economía mundial que el que tuvo a finales de los cincuenta. Por ejemplo, en tanto que en aquella década los Estados Unidos eran los principales exportadores de mercancías en todo el mundo, hoy han sido rebasados por Alemania Occidental y Japón y alcanzan montos similares a los de Inglaterra y Francia. Estos fenómenos no pueden menos que manifestarse en el terreno financiero internacional, con la pérdida de confianza en la unidad monetaria básica del capitalismo, el dólar, la cual se ha acentuado por el uso y abuso del crédito internacional y nacional en gran escala.

Por otro lado, debemos considerar que en el capitalismo del subdesarrollo, en donde se resienten todavía los viejos problemas heredados del colonialismo, aunados a los que el propio capitalismo subdesarrollado dependiente acentúa, han convertido a estos países en los puntos frágiles de sustentación del sistema, fenómeno que destaca fuertemente desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días. Muchos acontecimientos importantes empujan en la dirección del cambio, especialmente en el mundo del capitalismo subdesarrollado. Como botón de muestra, baste señalar los últimos acontecimientos importantes: la caída del Sha de Irán, el aumento del prestigio de la lucha de los palestinos en el Cercano Oriente y de los pueblos africanos en el sur y en el norte de este continente, la derrota de Somoza, el ascenso de la lucha popular en El Salvador y Guatemala, las crisis socioeconómicas y políticas de Colombia y del Perú, y pese al *boicot* norteamericano, el éxito alcanzado por el Movimiento de Países no Alineados en su última reunión en La Habana, Cuba.

Es en este contexto complejo y cambiante en el que se hace el planteamiento del presidente de la República Mexicana sobre la necesidad de poner los energéticos al servicio de la humanidad, en las

Naciones Unidas, el foro internacional más importante de la actualidad. Un planteo de esa naturaleza no se podía haber hecho hace 10 años o antes, épocas en que hubiera sido considerado como una cuestión subversiva, o al menos visto con el desdén y prepotencia acostumbrados por las potencias imperialistas.

La postulación de una doctrina que sostiene la necesidad de poner los energéticos al servicio de la humanidad tiene trascendentales consecuencias, y seguramente por ello encontrará muchos aliados. Para tener una idea de su importancia, baste señalar por ejemplo que si se llevara hasta sus últimas consecuencias el planteamiento se cancelarían las posibilidades de guerras convencionales, pues los ejércitos modernos sólo se pueden mover con base en derivados del petróleo. Lo mismo ocurriría con la energía nuclear, la que puesta al servicio de la humanidad cancelaría tanto el chantaje atómico como la posibilidad de estallido de la guerra nuclear, posibilidad que han reconocido recientemente los países miembros de la OPEP.

Desde 1974 hasta ahora, el gobierno de México ha obtenido beneficios de la elevación de los precios del petróleo que la OPEP ha logrado, sin que sea miembro del más importante organismo defensor de una materia prima, la que por décadas ha sido castigada en su precio por las grandes trasnacionales petroleras, además de ser en términos generales —al margen de que en algunos de ellos haya regímenes retardatarios—, un mecanismo defensor de los intereses de países débiles y subdesarrollados.

Desde el punto de vista oficial, para que el gobierno de México fuera plenamente consecuente con su planteamiento debería de convertirse en miembro de la OPEP, y desde dentro luchar porque a los países subdesarrollados no se les venda petróleo caro, o para pugnar por una distribución equitativa de los excedentes generados en la explotación del recurso y por una utilización más racional del mismo. Esto significaría avanzar en la dirección de defender la necesidad de que otros recursos —no sólo naturales sino humanos— sean puestos al servicio de los pueblos y no en beneficio de minorías ambiciosas y enriquecidas que sólo buscan conservar su hegemonía mundial.

No hay que olvidar que los recursos sociales como el capital y la tecnología, así como casi la totalidad de los naturales, son detenidos por grupos capitalistas minoritarios pero sumamente poderosos y si hay que poner en beneficio de la humanidad los energéticos, también habría que avanzar en planteamientos similares para los recursos sociales como aquéllos, hoy por hoy poderosos instrumentos monopolizados que sirven como armas de concentración del poder económico y político.

EL COMITÉ EDITORIAL